

Número 66

REPÚBLICA DE COLOMBIA

Julio 1.º : 1911

REVISTA
DEL COLEGIO MAYOR
DE
NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTÁ

IMPRENTA ELÉCTRICA—168—CALLE 10

MCMXI

REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Bogotá, 1.º de Julio de 1911

Galería de hijos del Colegio

JUAN MANUEL RUDAS

(Recuerdos personales)

Por los años de 1873 á 1876, siendo yo muchacho, vivía en el pueblo de Nemocón. Llegaban los periódicos de la capital por el correo, los domingos en la tarde. A mi padre le enviaban *La Caridad*, *El Tradicionista*, *El Bien Público*. Yo leía aquellas hojas desde el título hasta el pie de imprenta, las releía, las meditaba, comentábalas en las conversaciones, con empeño semejante al que he puesto después en leer, rumiar y explicar la *Imitación de Cristo* ó el *Ejercicio de perfección* del P. Rodríguez.

Si algún lector de esta Atenas se sorprende de aquel ardor, piense que yo tenía en aquel entonces de diez y seis á diez y nueve años, vivía en una población rural y estaba oyendo las voces de José Joaquín Ortiz, el autor del *Tequendama* y *Los Colonos*, poesías que yo me sabía de memoria; de Miguel Antonio Caro, á quien consideraba, y considero todavía, como hombre superior á su nación y á su época; de Quijano Otero, uno de los mejores amigos de mi padre y en cuya casa había pasado en mi niñez horas inolvidables; de Manuel Briceño, que tenía el prestigio de quien defiende sin miedo y con talento sus opiniones desde los eriales de la oposición.

Por los rememorados periódicos sabía yo los ataques que dirigía contra la Religión parte de la juventud de entonces, y dos nombres sonaban de preferencia en las polémicas: los de Diógenes Arrieta y JUAN MANUEL RUDAS.

Al señor Arrieta lo conocía yo. Cuando vino de la Costa, antes de irnos para Nemocón, una de las primeras personas á quienes buscó en Bogotá fue á mi padre. Arrieta era católico y conservador. Dijo que iba á matricularse en cursos de derecho en una facultad donde se estudiaba á Bentham. Expúsole mi padre, con su ruda y cariñosa sinceridad, el peligro á que se exponía. "No tema usted, don Ricardo; yo no renunciaré jamás á las creencias de mi madre."

Antes de un año, Arrieta era uno de los enemigos más violentos del catolicismo. Le harían sus maestros argumentos irrefutables. ¡Lástima que no los hubieran conocido Descartes, Malebranche, Pascal; y en estos tiempos Quatrefages, Dumas y Pasteur! ¡Mal haya cuando olvidaron en la edad madura, esos argumentos aprendidos en la juventud Coppée, Féval, Brunnetière, Bourget y Littré!

Al señor RUDAS me lo mostraron en la calle, cuando volví á vivir en Bogotá, en 1877.

Sobrevino el triunfo de la Regeneración en 1885. Era rector del Colegio del Rosario el doctor RUDAS. Aquél venía á ser un grande obstáculo para reestablecer en el claustro de Fray Cristóbal de Torres las enseñanzas católicas y tomistas, fin principal del egregio fundador en la creación del Instituto.

El doctor Núñez, en vez de desatar el nudo, lo cortó, y declaró que el Colegio del Rosario era parte integrante de la Universidad Nacional. El procedimiento no era nuevo. Ya habían acudido á él, en épocas anteriores, dos gobiernos: uno conservador y otro liberal. El famoso plan de estudios del doctor Mariano Ospina, dictado en la administración Herrán, había incorporado el Rosario á la Universidad Central; el general Mosquera hizo cosa semejan-

te después de su victoria, en 1861. En ambas ocasiones, vino el Congreso á reformar los mandatos del Ejecutivo; á oponer la ley al decreto. El legislativo de 1853, está firmado por Juan N. Azuero y Vicente Lombana; el de 1865, por Francisco J. Zaldúa y Santiago Pérez.

El del Dr. Núñez quedó derogado por la Ley 89 de 1893, firmada por Juan Antonio Pardo y Pedro Vélez R. y sancionada por Miguel Antonio Caro y Liborio Zerda, como Ministro de Instrucción Pública. La expedición de esta ley llenó un anhelo de todos los hijos y amigos del Rosario.

Cuando el Colegio fue incorporado á la Universidad, el doctor RUDAS publicó una vigorosa protesta. Sus adversarios, en cambio, lo acusaron de no haber presentado á la Corte de Cuentas las de su rectorado, y bautizaron el cargo—si es que los cargos injuriosos al prójimo están bautizados—con el equívoco juego de vocablos *las cuentas del rosario* (1).

Yo, que tenía datos evidentes de la incorruptible probidad del doctor RUDAS, atribuía la no presentación de las cuentas á la catoniana entereza de no rendírselas á un gobierno que él no estimaba legítimo.

Cuando quedó sancionada la autonomía del Colegio, y puestas en vigor las constituciones, me hallaba una tarde en mi escritorio, y me anunciaron que un caballero me buscaba y me estaba esperando en el cuarto de recibo. Salí, y me hallé manos á boca con el doctor JUAN MANUEL RUDAS. Era un hombre de unos cuarenta años, de corta estatura, color moreno, cabello y bigote negros, ojos vivaces, pobre pero limpiísimo vestido, maneras simpáticas en sumo grado.

Me saludó por mi nombre, dióme un caluroso apretón de manos, como si fuéramos viejos amigos, y, sin presentarse—los hombres de su posición no lo necesitan—se fue sentando en el sofá, antes de que yo tuviera tiempo de indicárselo.

(1) No existía entonces, como ahora, el cargo de síndico, y el rector manejaba los fondos y era único responsable de las cuentas.

Sin dejarme hablar, sin aquellos preámbulos fastidiosos y tontos de los que no están habituados al trato social, con acento gratísimo, ligeramente costeño y con facilidad perfecta de dicción, entró en materia. Estaba encantado con la Ley 89 del año anterior, con que yo hubiera pedido colegiatura al Patrono y me hubiera recibido conforme á las constituciones y á la tradición. "Ahora sí es usted rector de veras." Me indicó en seguida la necesidad de restaurar la capilla. "Yo obtuve del último congreso, anterior á la guerra, un auxilio de diez mil pesos para encargar á Italia un altar de mármol. Empecé la renovación por la fachada de la iglesia. Desgraciadamente vino la revolución y todo se frustró."

Deshizo un paquete que había llevado consigo, y me fue entregando un sello del colegio, algunos papeles del archivo y, por remate, un pedacito de galón de plata, que me dijo ser de la capilla.

En pos de las frases de agradecimiento, que eran de rigor, viendo yo el culto desenfado de mi visitante, me atreví á decirle :

—Doctor, á usted lo han atacado mucho por no haber presentado las cuentas de su rectorado. Creo adivinar las razones que lo han dirigido. Pero ahora, cuando hay un rector que usted estima electo conforme á derecho, mándeme esas cuentas ; la consiliatura se las fenece en primera instancia, y cuando la corte envíe el finiquito definitivo, yo lo publico en cartelones, con unas líneas firmadas por mí, en justo elogio de usted.

—La razón porque yo no rendí cuentas no es ninguna de las que usted se figura.

—¿Cuál es, entonces? digo, si no soy indiscreto al preguntarlo.

—La razón es que yo no llevé cuentas.

—¿Y eso? señor doctor.

—¿Sabe? Me dediqué á mejorar el edificio y á crearle rentas al colegio, que estaba casi arruinado. Renové la fa-

chada de la capilla, construí el salón de actos á la subida de la escalera, y la casa anexa al claustro para alquilarla. Además, yo hacía clases, y tenía que trabajar en la prensa. Fui dejando lo de las cuentas para más tarde. Contaba yo, añadió con candor, con que el partido liberal gobernaría siempre y con que yo sería rector por muchos años. Vino lo que usted sabe, y comprobar las cuentas resultó imposible. Usted, por esta especie de confesión, ¿no va á juzgar mal de mi honradez?

—No, doctor, estoy tan cierto de la probidad de usted como de la mía propia, porque sé que no sólo no tocó usted un centavo del Colegio, sino que invertía la mayor parte de su sueldo en las reparaciones del claustro y en ayudar á los estudiantes pobres.

Le brillaron los ojos al doctor Rudas, se levantó apresurado, me estrechó la mano derecha entre las suyas, y sin una palabra, se salió tan de prisa que no me dio tiempo de acompañarlo.

Los deseos del antiguo rector, que eran los míos ardentísimos, se cumplieron en breve. Se restauró íntegra y decorosamente la capilla, y si no se puso altar de mármol, sí el de madera y estuco que hoy existe, construído sobre un lindo modelo del P. Santiago Páramo, de la Compañía de Jesús. Cuando se estaba fabricando el altar, ocurrió un hecho que voy á referir, porque se trata de un colegial ilustre y pinta el cariño, el celo por el colegio que ha animado siempre á sus legítimos hijos.

Un día hallé que los obreros tenían muy bien colocadas en su sitio varias de las piezas del altar.

—¿Quién les ordenó que subieran el tímpano?

—El señor anciano.

—¿Cuál anciano?

—El que nos cuida, el de las cejas y los bigotes blancos.

—¿Viene todos los días?

—Sí, señor ; á las ocho y á las doce.

Eran precisamente las horas en que yo hacía mis clases. Resolví no dictar lección aquel día, para conocer al oficioso sobrestante que tan bien, y á escondidas mías, estaba sirviéndole al colegio. Al entrar á la capilla, me encontré con el doctor Francisco Eustaquio Alvarez.

—¡ Señor doctor Alvarez !

—Mi doctor, yo aquí viendo que estos amigos no pierdan tiempo y dejen las cosas bien hechas.

• Volvamos al doctor RUDAS.

Aquel año lo invité á la fiesta de la Bordadita. Se presentó á la puerta de la capilla pocos minutos antes de la hora, correctamente vestido y llevando en la solapa de la levita el escudo del colegio ; no un escudo nuevo sino el que había usado ocho años antes, ya desteñido y marchito. Le di al antiguo rector el puesto honorífico que era de derecho, cerca del Presidente de la República. Asistió á toda la solemnidad con aire de profundo recogimiento y respeto, con los brazos cruzados delante del pecho, y observando los movimientos litúrgicos. Después del *Agnus Dei*, subí al altar á recibir la paz para llevársela al señor Arzobispo y al señor Presidente. Después me dirigí al doctor RUDAS. El me entendió y se puso en pie. Era el abrazo del ministro de Jesucristo, buen Pastor, á la oveja engarzada en los zarzales del camino ; era la unión por el afecto de dos almas, hondamente separadas en creencias, al pie de la imagen de la Virgen del Rosario.

—*Pax tecum.*

—*Et cum spiritu tuo*, me respondió en voz alta, con grave acento.

De allí en adelante siguió yendo todos los años á la fiesta de la Bordadita.

Más tarde, se pusieron dos imágenes de santos á los costados del altar. Viólas un día el doctor RUDAS, y me dijo :

—Aquél es Santo Tomás ; lo conozco mucho ; ¿el otro?

—Es San Buenaventura, insigne doctor, contemporáneo y amigo íntimo de Santo Tomás.

—No me gusta que hayan puesto ese santo.

—Por qué?

—Porque este colegio es dominicano. Mejor habría quedado aquel papa.... el que estableció la fiesta del Rosario.

—San Pío V?

—No me acuerdo, me parece que sí.

Siempre que nos encontrábamos el doctor RUDAS y yo en la calle, se paraba á saludarme y cruzaba conmigo algunas palabras ; si comprendía que iba yo atareado, se devolvía y me acompañaba una ó dos cuadras. Algunas veces hablábamos de asuntos religiosos. Era incrédulo, pero no estaba contento de serlo ; hubiera deseado poder creer. Su falta de fe no nacía de orgullo, porque era hombre ingenuo y sencillo ; ni de malas costumbres, porque era de arregladísima vida ; ni de ambiciones ó codicias ó cálculos, porque no pretendía figurar, vivió y murió en honrosa pobreza. Venía, á mi parecer, de que recibió desde temprano una educación irreligiosa. En casos tales, una alma naturalmente buena no se siente satisfecha. El doctor RUDAS emprendió, en sus últimos años, lecturas de apologistas católicos. Solía preguntarme qué libros nuevos de esa especie conocía yo. Un día le recomendé la obra *La Biblia y la Ciencia*, del P. Zeferino González, y le ofrecí prestársela. Supe poco después que había ido personalmente á comprarla á la librería del Seminario.

Pasó una vez cerca de nosotros el doctor Patricio Plata y saludó á RUDAS con marcado cariño.

—Yo me confesé con este padre, en el Colegio del Rosario, en unos ejercicios que nos dio el P. Aguilar. Me confesé de buena fe, y creo que bien. Esa fue la última.

—No, le respondí, esa fue la penúltima ; falta todavía otra.

—No se sabe, me contestó riéndose, y se alejó sin despedirse, como solía hacerlo.

Un 15 de Noviembre fui á darle los días á aquella admirable mujer que se llamó la Madre Gertrudis, á quien tanto debe la Congregación de las Hermanas de la Caridad, y Colombia todavía más. Al subir yo la escalera, la bajaba el Dr. RUDAS. Imaginé que habría ido á visitar á alguna niña del colegio. Díjele á la Madre, en tono de broma:

—No sabía yo que el doctor JUAN MANUEL RUDAS la felicitada á usted el día de su santo.

—Sí, señor, repuso la madre. Después de la batalla de Garrapata, me tocó á mí curar al señor RUDAS, que estaba gravemente herido. Desde entonces, hace casi veinte años, viene sin falta el día de Santa Gertrudis y me trae algún regalito.

—Yo conocía las cualidades de entendimiento y de corazón del doctor RUDAS, respondí; pero ahora que usted me muestra en él la virtud del agradecimiento, lo aprecio mucho más.

—Oh! dijo la madre; el señor RUDAS es una alma muy noble y muy buena.

Ambos dirigimos simultáneamente una mirada á la imagen de la Virgen, que adornaba el testero de la sala.

En 1900, al siguiente día de saberse en Bogotá el triunfo de las armas de la revolución en Peralonso, se me apareció en casa el doctor RUDAS. No traía sus maneras de siempre, parecía cohibido, como quien va á tratar tema que pudiera mortificar al interlocutor.

—Ya sabrá usted el.... es decir, que.... en fin, lo del puente de La Laja.

—Sí, doctor, sé que ayer el ejército del Gobierno fue vencido por las fuerzas revolucionarias.

—Eso es; yo no sé.... pero siempre después de un triunfo.... sabe? No faltan gentes exaltadas. Si usted quiere, en algún caso, estar donde no lo mortifiquen, yo no tengo

sino un departamento pequeño, pero lo pongo en toda ocasión á sus órdenes.

Me sentí hondamente conmovido y no le respondí sino pocas palabras. Creo que él entendió ó adivinó todo lo que yo hubiera querido expresarle.

El 9 de Junio de 1903 circuló la infausta noticia de que se había hallado el cadáver del doctor JUAN MANUEL RUDAS, sentado en la butaca de su escritorio, con un libro abierto sobre las rodillas. Semejante nueva me produjo amarga pesadumbre, por la desaparición de aquel hombre á quien yo estimaba y quería, y porque no había tenido tiempo de recibir los sacramentos por la postrera vez. Consolábame, y me consuela todavía, el pensamiento de que el doctor RUDAS no apostató de la fe, sino que la perdió antes de conocerla á fondo; de que trató de adquirirla en los últimos años; de que á Dios le basta para salvar una alma un movimiento de fe y de amor; de que EL es misericordia infinita, que *no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.*

Juzgué que, estando el doctor RUDAS bautizado, no teniendo sobre sí ninguna censura *nominatim* y no habiendo rechazado los sacramentos, se podían ofrecer por su alma los sufragios públicos de la Iglesia y dar á su cuerpo cristiana sepultura. El Ilmo. Sr. Arzobispo aprobó mi modo de pensar.

Tenía yo para con el doctor RUDAS deberes que llenar como caballero y como rector del Colegio. No conociendo yo á los deudos y á los amigos íntimos del finado, me pareció discreto valirme de un liberal distinguido que hiciera presentes mis deseos y mis ofertas. El señor doctor Carlos Arturo Torres se prestó bondadosamente al encargo. En el número 314 de *El Nuevo Tiempo*, diario que dirigía el doctor Torres en asocio de don José Camacho Carrizosa, correspondiente al 10 de Junio de 1903, apareció una breve necrología del doctor RUDAS, que terminaba así:

“El señor doctor Rafael M. Carrasquilla, actual rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, inmediatamente después de que supo la triste nueva, se acercó á nuestra oficina con el objeto de manifestarnos que, en su calidad de rector, estaba dispuesto á hacer, por cuenta del colegio, las exequias del doctor RUDAS, antiguo rector del Rosario, en la hermosa capilla del Colegio que el finado tanto embelleció. Loable es por todo concepto, y revelador de un noble y tolerante espíritu el ofrecimiento del ilustrado doctor Carrasquilla.”

No se creyó conveniente aceptar la oferta del Colegio del Rosario, se le hicieron al doctor RUDAS funerales puramente civiles y se sepultó el cadáver en el cementerio de los que mueren fuera de la Iglesia.

Hoy, ocho años después de su muerte, cuando han callado las pasiones que rugieron en su derredor, un sacerdote que no ha aprendido á olvidar, tributa á la memoria del doctor JUAN MANUEL RUDAS este pobre pero sincerísimo recuerdo.

R. M. C.

Muerte de Donoso Cortes

Martes, 3 de Mayo de 1853

Hallándose gravemente enfermo el Ministro de España, Marqués de Valdegamas, fuimos Hatzfeld y yo á informarnos de su situación. El boletín era malo, y fue imposible encontrar alma viviente en esa casa desierta; ni un criado en la antecámara, ni un secretario en la cancillería. Estábamos á punto de dejar la legación, cuando nos detuvo un campanillazo violento, salido del cuarto del enfermo. La célebre hermana Rosalía que lo cuidaba, se precipitó á nuestro encuentro para decirnos que el Ministro se estaba muriendo y pedía un sacerdote. Hatzfeld corrió á San Felipe de